

## EL OPTIMISMO SOCIAL

**A**L aparecer en las páginas de esta misma Revista mi anterior artículo titulado «La paz social» (1), varios amables lectores se me dirigieron con el ruego de que, por vía de suplemento al mismo, dedicase un nuevo artículo a desarrollar el tema de «el optimismo social», que allí quedó insinuado incidentalmente.

Accediendo gustoso a esas sugerencias, me ha parecido que la mejor manera de atenderlas sería exponer cómo el optimismo bien entendido ha sido una constante en la historia del pensamiento social cristiano, en cuyos máximos representantes suele surgir como una lógica inferencia de su concepción providencialista de la vida.

Ahora bien, antes de seguir adelante se impone una aclaración terminológica, relativa a la inexactitud habitual en el empleo de los vocablos optimismo y pesimismo. Uno y otro vienen a presentar contenido nacional absoluto y, dada su etimología, deberían significar las creencias de que el mundo existente es el peor de los posibles (el pésimo : de ahí el nombre de pesimismo) o el mejor de los posibles (el óptimo : de ahí la denominación de optimismo). Sin embargo, estas doctrinas absolutas apenas si cuentan con partidarios : desconozco que el pesimismo radical, así concebido, haya sido propugnado por nadie, ni siquiera por Schopenhauer, y en cuanto al

---

(1) Cf. FOMENTO SOCIAL, vol. V (1950), núm. 19 (julio-septiembre), páginas 325-338.

optimismo superlativo quizá haya sido defendido por algunos, como Leibniz; mas en todo caso su número ha sido exiguo. Por el contrario, frente a estas acepciones etimológicamente estrictas y de índole absoluta, se vienen empleando las palabras optimismo y pesimismo en sentido relativo, contraponiendo lo que se vive con lo que se espera, o, más exactamente, la realidad con la apariencia, el ser con el parecer, y considerando que los individuos son pesimistas u optimistas según juzguen que lo primero (realidad, ser) es peor o mejor que lo segundo (apariencia, parecer); es decir, que por una curiosa evolución semántica, optimismo y pesimismo han venido a hacerse sinónimos de las actitudes relativas que podrían denominarse *meliorismo* y *peiorismo*, nombres que resultan sin duda mucho más expresivos de los conceptos a significar, puesto que *melioristas* y *peioristas* se denominarían, respectivamente, a aquellos que juzgan las intimidades recónditas de cosas y personas como mejores («meliores») o peores («peiores») que sus manifestaciones externas. No obstante, por cuanto es un hecho que la gran mayoría, tanto de los optimistas como de los pesimistas, suelen calificar sus valoraciones de lo social y lo histórico según esta acepción translaticia relativa o comparativa, y no según la acepción originaria absoluta o superlativa, aconsejable parece acatar, a partir de ahora, las acepciones consagradas por el uso, aunque sean harto inexactas.

Entre los pensadores católicos que se han preocupado, más o menos explícitamente, por la fundamentación del optimismo, descuella por muchos conceptos el español Jaime Balmes, por lo cual en torno de sus disquisiciones girará la parte primera de este estudio, complementada luego por una segunda parte en la que se analizarán teorías interesantes, desde nuestro punto de vista, excogitadas por otros moralistas y sociólogos cristianos (2).

---

(2) Por lo que concierne a Balmes, en este estudio incorporo diversas cuartillas leídas por mí ante los micrófonos de Radio Nacional de España en Barcelona (8 septiembre 1948), en conferencia titulada «Balmes y el optimismo», perteneciente al ciclo de disertaciones retransmitidas por todas las emisoras catalanas y organizadas para honrar la memoria de Balmes en el primer centenario de su muerte (año 1948).

*Optimismo social en Jaime Balmes*

Al leer las obras de Balmes que versan sobre problemas sociales, una de las cosas que más llama la atención es el sincero optimismo que en las mismas se refleja, a pesar de que en su tiempo —al igual que en el nuestro— abundaban más los pesimistas que los optimistas (3).

Ante todo, conviene aclarar que nuestro sociólogo no incurre en contradicción al manifestarse pesimista unas veces —como cuando afirma que «en los más remotos tiempos, la civilización y la cultura no se extienden, no se propagan, sino a fuerza de sangre, a fuerza de calamidades que hacen llorar torrentes de lágrimas a la triste humanidad» (4)—, y optimista en otras ocasiones —como las que en seguida se detallarán—, pues tanto en éstas como en aquéllas su optimismo o su pesimismo se formulan en consideración de aspectos concretos de la realidad histórica, que pueden inducir, observados aisladamente, a una u otra actitud. Además, conviene también precisar que, si no más numerosos, cuando menos son más rotundos y concluyentes los lugares en que Balmes se manifiesta optimista, cuales son los siguientes: «la ley es siempre pura; es decir, que la razón y la justicia tienen siempre quien los proclama» (5); «la justicia —siempre, en última instancia— triunfa de la fuerza» (6); «la elevación de ideas, la nobleza y dignidad de los sentimientos, no están desterrados del todo de la faz de la tierra» (7); etc.

El optimismo balmesiano dimana de la amplitud de miras con que siempre supo nuestro autor analizar tanto los hechos pretéritos como los acontecimientos de su época. El profundo conocimiento de lo humano en el pasado y el presente fué lo que le dotó de un simpático optimismo ante el futuro. De lo

(3) Las citas de textos de Balmes las haré con referencia a la edición de *Obras completas*, dirigida por el P. Ignacio Casanovas, S. I. (Barcelona, 1925-27), citando siempre entre paréntesis los volúmenes y las páginas, con cifras romanas y árabes, respectivamente.

(4) *Estudios Apologéticos*, est. VII, art. 5 (IX, 271).

(5) *El Protestantismo*, vol. II, cap. 28 (VI, 144).

(6) *El Protestantismo*, vol. II, cap. 32 (VI, 206).

(7) *El Protestantismo*, vol. III, cap. 47 (VII, 165).

cual deriva el interés que reviste conocer los rasgos que caracterizan su actitud ante el curso de la historia humana.

Un primer rasgo distintivo de esta actitud es la ecuanimidad en las apreciaciones, excogitadas siempre con espíritu imparcial. No es que Balmes no tuviera momentos apasionados, pues en sus escritos hallamos manifestados algunos de ellos, como ocurre en su tratado: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo, en sus relaciones con la civilización europea*, donde el apologista católico ataca, con ardoroso celo, las diferentes sectas protestantes (8). Pero cuando llegaba el momento de emitir juicios solemnes, sabía hacerlo con serenidad, según advertimos en varios lugares de esta misma obra, cuando distingue con precisión entre lo atacable y lo respetable, expresando juicios tan ecuanímenes como el siguiente: «No es mi ánimo el tachar de impíos a todos los protestantes, y reconozco gustoso la entereza y tesón con que algunos de sus sabios más ilustres se han opuesto al progreso de la impiedad» (9). Y esta misma ecuanimidad se refleja en los juicios valorativos de la actuación histórica de diversas naciones, como —por ejemplo— la Gran Bretaña, pueblo por el que Balmes sentía escasas simpatías, según puede advertirse leyendo su opúsculo titulado *Albión* (10), pese a lo cual no deja de manifestar su opinión de que el influjo británico es un factor importante del equilibrio continental, con estas palabras: «Si Inglaterra desapareciese del mapa de Europa, resultaría un desequilibrio que haría imposible la paz europea» (11).

El segundo carácter que interesa aquí destacar de Balmes es su afición por la ironía. La ironía, cuyo origen quieren atribuir muchos a Sócrates, pero que en realidad es mucho más antigua, pues se refleja ya en el primer libro de las Sagradas Escrituras, cuando Moisés nos relata que Dios Padre, refiriéndose al pecado del primer hombre y dirigiéndose a las otras Personas Divinas, exclamó irónicamente: «Ved ahí a Adán, que se ha hecho como uno de nosotros» (1). Esta ironía viene

(8) Passim.

(9) *El Protestantismo*, vol. I, cap. 9 (V, 150-151).

(10) *Miscelánea*, est. V (XIV, 77-84).

(11) *Pensamientos*, ap. CLXXXVII (XIV, 224).

(12) *Génesis*, III, 3.

a ser una constante a lo largo del pensamiento balmesiano. En sus observaciones sobre las sociedades y los hombres, hallamos una serie de reflexiones suavemente irónicas, tanto más estimables cuanto que evitan incurrir en sátiras de mal gusto. He aquí una de ellas, por vía de ejemplo, en la que intenta retratar ese tipo humano, que hoy tanto abunda, del ser que se ha enriquecido sin méritos propios, por el solo abuso de circunstancias favorables: «Si se combinan en un mismo sujeto —escribe Balmes irónicamente— la riqueza, la ignorancia, la inmoralidad, la presunción y la falta de educación, el resultado es una cosa intolerable» (13). Y como nuevas muestras de la fina ironía del filósofo de Vich, siempre sutil y siempre alejada de la burla grosera y del sarcasmo mordaz, recordaré algunos otros asertos suyos: «Los hombres de malas doctrinas no son tan malos como debieran ser, si su corazón estuviera de acuerdo con su entendimiento; tienen la fortuna de ser inconsecuentes» (14); «figuran en la estadística de Europa ejércitos inmensos, los presupuestos para su manutención son abrumadores y agotan las reservas de los erarios; ¿de qué sirve este aparato militar...?: se destina a suplir la falta de medios morales» (15); «no siempre es mengua el retroceder, pues que no lo es ni puede serlo el apartarse del borde del precipicio, para buscar el verdadero camino» (16); etc.

Como tercer rasgo característico del genial Balmes, desde el punto de vista que nos ocupa, podemos considerar la naturaleza de sus sentimientos patrióticos, enemigos declarados de todo extremismo. Estaba convencido de que, para ser patriota, no es necesario odiar o menospreciar a los extranjeros, en su totalidad o en su mayor parte, defecto llamado actualmente xenofobia y que se halla lamentablemente extendido en casi todos los países. Por eso, en su opinión, el patriotismo debe ser «razonable» y no ha de sofocar «el sentimiento de una legítima independencia personal» (17), en el bien entendido de que esta purificación de los afectos patrióticos no se opone a

(13) *Pensamientos*, ap. CLXXI (XIV, 222).

(14) *El Protestantismo*, vol. II, cap. 30 (VI, 166).

(15) *El Protestantismo*, vol. III, cap. 47 (VII, 178).

(16) *El Protestantismo*, vol. III, cap. 53 (VII, 241).

(17) *El Protestantismo*, vol. II, cap. 22 (VI, 46).

que, según hacía el propio Balmes, ora nos entristecemos ante ciertas incomprendiones, como al afirmar que «casi en todo lo que tiene relación con el pueblo español hay exageraciones que es necesario reducir a límites razonables» (18), ora nos alegramos cuando podemos elogiar excelencias del país propio, como al reconocer que en el siglo XVI, «al renacer las letras en Europa, elevóse el ingenio español al más alto grado de esplendor» (19).

Con lo expuesto hasta aquí, he apuntado cómo Balmes exterioriza moderación en sus apreciaciones, en sus ironías y en su patriotismo, perfilando incidentalmente, además, su calidad de genuino católico. Con este bagaje de buenas cualidades, en las que hallaríamos puntos de interesante meditación, si dispusiera de más tiempo para ilustrarlas con otros asertos suyos, se explica plenamente la agudeza de su espíritu. Grande sería en verdad el provecho que sacaría el mundo si aprendiera las lecciones que de la moderación en estas tres esferas dimanarían.

Por otro lado, estas cualidades vienen a ser los tres pilares básicos sobre los que se fundamenta el optimismo balmesiano, en el cual influyeron también probablemente su cultivo de la amistad, sus ideas sobre el amor y otros muchos factores, cuyo conjunto no puede aquí ser abarcado. El optimismo de Balmes tampoco es desconsiderado, no olvida las desgracias que constantemente afligen a grandes sectores de la humanidad, pero no por ello deja de ser sólido, pues —además de cimentarse en los tres pilares referidos— se asienta sobre la creencia sincera, en la Providencia Divina.

Una vez llegados a este punto, debemos detenernos en la consideración de la confianza balmesiana, en la Providencia de Dios. Esta confianza aparece en múltiples lugares de sus obras y preside, con singular relieve, la orientación general de sus escritos históricos y sociales. Unas veces, señala su influjo en la esfera intelectual, al sostener que «tal es nuestro entendimiento, tanta es su flaqueza con respecto a todas las ciencias, tanta es su esterilidad en los conocimientos morales,

(18) *El Protestantismo*, vol. II, cap. 32 (VI, 192).

(19) *Miscelánea*, est. I (XIV, 21).

que no ha podido adelantar un ápice sobre lo que le ha enseñado la bondadosa Providencia» (20). Otras veces, la señala como hontanar de las grandezas humanas, al afirmar que «los hombres grandes son a veces más grandes de lo que piensan, y es que no conocen todo su grandor por no saber que son instrumentos de altos designios de la Providencia» (21). Y siempre procura inculcar el convencimiento de que, una vez situados en el plano providencialista, hemos de aceptar que «Dios abarca con su mirada el mundo entero, llegando con su ojo penetrante hasta el más recóndito pliegue de los corazones y no descuidando, en su paternal amor, a la más ínfima de las criaturas» (22).

Ahora bien, si a la imparcialidad de sus juicios, su cultivo de la ironía y la suavidad de su patriotismo, añadimos esta bella teoría sobre la Providencia de Dios, fácil será comprender por qué fué Balmes optimista, en el buen sentido de la palabra. Sin embargo, por si aún pudiera caber alguna duda acerca de la sinceridad de este optimismo, lo mejor será que oigamos cómo se explica el propio sociólogo catalán sobre este tema. En sus *Cartas a un escéptico en materias de religión*, había escrito ya, sin rodeos de ninguna especie: «no soy pesimista» (23). E insistiendo sobre esta cuestión, explica Balmes su pensamiento en la citada obra *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*: «Al decir de ciertos pesimistas, la razón y la justicia han abandonado para siempre la tierra...; yo tengo la fortuna, o la desgracia, de mirar las cosas con menor sobreceño y de creer que hay todavía en el mundo, y muy particularmente en España, hombres de convicciones profundas y de bastante fuerza de ánimo para conformar con ellas su conducta» (24).

### *Optimismo y providencialismo*

Enlazando con lo desarrollado en los últimos párrafos, sin solución de continuidad, paso a señalar ahora algunos antece-

(20) *El Protestantismo*, vol. I, cap. 6 (V, 110).

(21) *El Protestantismo*, vol. I, cap. 13 (V, 209).

(22) *El Protestantismo*, vol. III, cap. 43 (VII, 89).

(23) *Cartas a un escéptico*, cap. VI (V, 149).

(24) *El Protestantismo*, vol. IV, cap. 54 (VIII, 8).

dentes y consiguientes del providencialismo de Balmes, que bien puede juzgarse como el más firme bastión cimentante de su optimismo.

Ante todo, parece Balmes haberse inspirado, para su interpretación providencialista del devenir social, no sólo en San Agustín, la figura cimera de la Patrística, sino también en Santo Tomás de Aquino, el pensador máximo de la Escolástica. Si bien es cierto que, en el tratado *De la ciudad de Dios* del primero, se hallan diversos capítulos consagrados a este tema (25), hasta el punto de dedicarse al mismo por entero el libro quinto, que contrapone el fatalismo pagano con el providencialismo cristiano (26), no menos cierto es que, en la *Suma Teológica del segundo* —para concretarnos, ahora como antes, a las obras cumbres de los pensadores que nos ocupan—, se contienen varias *cuestiones* dedicadas a explicar el alcance de la Providencia Divina (27), construyéndose una sólida doctrina sistemática sobre la misma, que tiene por cimiento la siguiente afirmación bíblica: «Tú, oh Dios Padre, gobiernas todas las cosas con tu Providencia» (28).

Además de estos dos grandes autores católicos, es probable que influyesen en el providencialismo de Balmes otros varios. Voy a prescindir del dudoso influjo que pudieron ejercer en su mente las teorías providencialistas de Leibniz y Rousseau, a las que recientemente se ha aludido en un artículo titulado «Dos ensayos de Ernst Cassires» (29), al tratar de «la defensa de la Providencia, hecha por Rousseau contra los ataques de

(25) Por ejemplo: *De civitate Dei*, lib. XIV, cap. 27.

(26) He aquí los epígrafes de algunos de los capítulos de este libro, según han sido traducidos en la edición publicada por el Apostolado de la Prensa (Madrid, 1941): «De la Providencia universal de Dios, debajo de cuyas leyes está todo lo criado» (cap. 11). «Que la disposición del imperio romano fué por mano del verdadero Dios, de quien dimana toda potestad y con cuya Providencia se gobierna todo» (cap. 21); etc.

(27) *Summa Theologica*, I, q. 22 (*De Providentia Dei*) y q. 103 (*De gubernatione rerum in communi*); y II-II, q. 49, a. 6 (*Utrum Providentia debeat poni pars prudentiae*).

(28) *Libro de la Sabiduría*, XIV, 3: «Tua autem, Pater, gubernat Providentia.»

(29) Publicado por F. Mt. —abreviatura de Francisco Mirabent—, en la *Revista de Ideas Estéticas*, vol. VI (1948), núm. 21 (enero-marzo), páginas 77-87.

Voltaire, como antes hizo Leibniz contra los de Bayle (30). Prescindiré, asimismo, del providencialismo del italiano Vico, cuyo sentido, si bien es probable que fuese conocido por Balmes, ha sido suficientemente explicado en la obra *La estructura de la historia universal en Juan Bautista Vico*, de Richard Peters (31), en el capítulo rotulado «La idea de la Providencia» (32). Pero de lo que no puede prescindir es del análisis de las teorías providencialistas de Bossuet y de Guizot, autores de los que nos constan fueron bien conocidos por Balmes—quien califica al primero como «verdadero fundador de la filosofía de la historia» (33) y sitúa al segundo entre los «grandes talentos colocados en una posición falsa» (34)—, por lo cual casi estamos autorizados para asegurar que recogería de las mismas cuanto juzgase aprovechable.

En el *Discurso sobre la Historia Universal*, de Jaime Benigno Bossuet, no hallamos formulada la fe en la Providencia Divina hasta la segunda parte de la obra (35), donde abundan las referencias a este principio regulador de la historia humana, al igual que en la parte tercera. La ausencia de tales referencias en la primera parte se explica fácilmente si se tiene en cuenta que, en ella, su autor se propuso solamente resumir con brevedad los sucesos de las distintas épocas de la historia, que él reduce a doce —por concretarse a la antigüedad e inicios del medioevo (36)—, mientras que en las partes segunda y tercera, bajo los epígrafes «La sucesión de la religión» y «Los imperios», Bossuet halla, por el contrario, más propicio campo para apelar al providencialismo.

(30) Lug. cit., pág. 80.

(31) Traducida del alemán por J. Pérez Bances. Madrid (ed. *Revista de Occidente*), 1930.

(32) Cap. VIII, págs. 181-206.

(33) *El Protestantismo*, vol. IV, cap. 72 (VIII, 316).

(34) *El Protestantismo*, vol. I, cap. 2 (V, 52).

(35) Para las citas, empleo la traducción publicada por F. Miquel y Badía (Barcelona, 1880).

(36) He aquí tales épocas: 1.<sup>a</sup> Adán o la creación. 2.<sup>a</sup> Noé o el diluvio. 3.<sup>a</sup> La vocación de Abraham. 4.<sup>a</sup> Moisés o la ley escrita. 5.<sup>a</sup> La toma de Troya. 6.<sup>a</sup> Salomón o la terminación del templo. 7.<sup>a</sup> Rómulo o la fundación de Roma. 8.<sup>a</sup> Ciro o el restablecimiento de los judíos. 9.<sup>a</sup> Escipión o Cartago vencida. 10) Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. 11) Constantino o la paz de la Iglesia. 12) Carlomagno o el establecimiento del Nuevo Imperio.

En la segunda parte de su obra, las referencias que Bossuet nos ha legado de la Providencia Divina se relacionan con diversos detalles históricos, por lo cual no presenta interés transcribirlas (37), excepción hecha de aquel texto en el que afirma solemnemente que «la sabia Providencia gobierna al mundo» (38), aserto que hallamos aclarado, en la parte tercera, con las siguientes explicaciones: en el capítulo primero, que se titula «De cómo la Providencia gobierna las revoluciones de los imperios que sirven para humillar a los príncipes», sostiene que «cuando más os acostumbréis a examinar la marcha de los grandes acontecimientos, y a ponerlos en relación con sus principios, tanto más admiraréis los designios de la Providencia» (39); y en el capítulo octavo y último, bajo el epígrafe «Conclusión del discurso y demostración de la necesidad de referirlo todo a la Divina Providencia», explica extensamente cómo «de los secretos designios de la Divina Providencia depende este largo encadenamiento de causas particulares que elevan o derrumban los imperios» (40).

Por su parte, Francisco Guizot, en la *Historia de la civilización en Europa desde la caída del imperio romano hasta la revolución francesa* (41), aunque en muchos puntos de su interpretación de la historia de las sociedades humanas discrepa respecto a Bossuet, a causa de lo cual fué duramente criticado por Balmes (42), acepta empero la vigencia del elemento providencialista en el devenir histórico, dedicándole estas consideraciones: «La marcha de la Providencia no está sujeta a límites estrechos; no se preocupa de sacar hoy la consecuencia del principio que ha puesto ayer; la extraerá en los siglos, cuando llegue la hora y, no por razonar lentamente, a nuestro modo de ver, su lógica es menos segura; la Providencia tiene

(37) Cf. págs. 217, 269, 375, 420, 434, etc.

(38) Ob. cit., pág. 268 (cap. XIV).

(39) Ob. cit., pág. 464. En sentido análogo, págs. 459 y 460.

(40) Ob. cit., pág. 577.

(41) Traducida del francés por Fernando Vela. Madrid (ed. *Revista de Occidente*, 1935).

(42) Por vía de nota, puede recordarse que Guizot conoció los ataques que Balmes le había dirigido —a lo largo de todo su tratado sobre *El Protestantismo*—, así como los que recibió de Donoso Cortés y otros autores, según prueban las alusiones que les dedica en el prefacio a la sexta edición de su obra, recogido en la traducción antes citada.

para sí todo el tiempo» (43); «la civilización europea ha entrado, si se permite decirlo, en eterna verdad, en el plan de la Providencia, y camina según las vías de Dios» (44); «por qué un gran hombre surge en determinada época y qué pone de su parte en el desarrollo del mundo, nadie lo puede decir, ése es el secreto de la Providencia: pero el hecho no es, por eso, menos cierto» (45); «en todas las cosas, para cumplir sus designios, la Providencia dilapida el valor, las virtudes, los sacrificios, el hombre en fin; y sólo después de un número desconocido de trabajos ignorados o, en apariencia, perdidos, después que ha sucumbido en el desaliento una multitud de nobles corazones, convencidos de que su causa está perdida, es cuando la causa triunfa» (46); «se ejecuta, por la mano de los hombres, el plan de la Providencia en el mundo» (47).

Junto a estos antecedentes del providencialismo balmesiano, conviene aquí alguno de sus consiguientes, esto es, alguna obra posterior a la vida de nuestro sociólogo, en la que se refleje la misma orientación. Para abreviar, me ceñiré a los criterios de José M. Quadrado Nieto —quien fué inducido por Balmes a continuar el célebre discurso de Bossuet, tarea que llevó a efecto algunos lustros después del fallecimiento del sociólogo catalán, a quien denomina «nuestro insigne Balmes» (48), y a los del Padre Zacarías García Villada, benemérito investigador de la Compañía de Jesús, quien resume con precisión y brevedad el sentido católico del providencialismo, aunque sin citar a Balmes, a quien no nos consta conociera.

Ya en el prólogo de su continuación del «Discurso sobre la Historia universal», de Bossuet, manifiesta Quadrado sus convicciones providencialistas, con estos términos: «cuanto más se pretende arrancar a la Divina Providencia la dirección de las cosas humanas, aun de las que miran a la tierra, tanto más poderosa se muestra contra estos rebeldes esfuerzos,

(43) Lec. I, pág. 22.

(44) Lec. II, pág. 37.

(45) Lec. III, pág. 71.

(46) Lec. VII, pág. 161.

(47) Lec. XI, pág. 238.

(48) Cf. J. M. QUADRADO: *Discurso sobre la Historia Universal* (continuación del de Bossuet), vol. II, pág. 203 (Barcelona, 1831).

y más necesaria por el desquiciamiento que producen ; jamás se prueban mejor las leyes que por los resultados de su infracción, ni brillan con más esplendor que durante su eclipse» (49). Y al fin de este volumen primero de su obra, aplica esas convicciones al análisis de la llamada restauración borbónica, en la persona de Su Majestad Alfonso XII, sugiriendo la posibilidad de que tal hecho hubiese sido procurado por la Providencia : «la necesidad de un rey y de un Borbón —escribe—, proclamada militarmente en Sagunto por Martínez Campos, sin hallar resistencia apenas en Madrid, donde desde tiempo y por muchos era sentida, si no fué más bien por altos designios de la Providencia, condujo súbitamente al trono al hijo de Isabel II (Alfonso XII), al cual pocos dejaron de acercársele de los revolucionarios que le habían combatido» (50).

Pero es en el volumen segundo de su obra, donde Quadrado explica las principales aplicaciones de su providencialismo a los órdenes histórico y social. La primera se refiere a la indeterminación, en el medioevo, de las sucesiones pontificias : «la Providencia había velado constantemente, por muchos siglos, sobre la elección del jefe de la iglesia, que encomendada al clero y al pueblo romano, venía realizándose, por lo general, con más conformidad y acierto de lo que humanamente cabía» (51). La segunda se concreta a la explicación de las herejías protestantes : «Consideraría muy someramente al protestantismo, así el que sólo viese en él un hecho fortuito, producto de las pasiones y cualidades de un hombre y de eventuales circunstancias, como el que lo tomara por una evolución inevitable que, dadas las fuerzas y calculada la acción de los elementos que la preparaban, no podía menos de suceder en un plazo fijo. Para explicar las sombras que se ciernen sobre explicación tan mezquina o tan fatal, es menester levantar más arriba los ojos e invocar la luz de la Providencia. En este cataclismo moral, como en los más que consiente, brillan los tres caracteres sobrenaturales de castigo, de prueba, de regeneración» (52).

(49) Vol. I, págs. II-III.

(50) Vol. I, pág. 351.

(51) Vol. II, pág. 15.

(52) Vol. III, pág. 89.

Luego hallamos un lugar en el que Quadrado afirma que la Providencia es «sencilla en sus medios, cuanto magnífica en sus obras» (53). Y después de este aserto general, encontramos nuevas aplicaciones de su providencialismo a la interpretación de otros hechos. La tercera, alude a la dispersión, durante algunos años, por decisión pontificia, de la Compañía de Jesús: «para complacer a los monarcas, consintió el pontífice en licenciar a su ejército privilegiado, como aquéllos, para complacer a los filósofos, en mostrarse fuertes contra el jefe que sostenía y educaba sus coronas; y la Providencia permitía estas pasajeras aberraciones, a fin de mostrar adónde puede conducir al uno la debilidad y a los otros la arrogancia» (54). La cuarta se refiere a la relación que media entre las potestades espiritual y terrenal del Papado: llegar a la plenitud de su espiritual soberanía el pontificado, con la infalibilidad elevada a dogma, y perder el último florón de su diadema temporal, todo concurrió casi en un punto: coincidencia harto grave para ser eventual, llena de arcanos que en valde se trataría hoy de adivinar con encontradas hipótesis, y que un día admirarán al mundo, explicados por la Providencia con luminosos hechos» (33). La quinta hace referencia a Bossuet, con estas palabras: «Bossuet no fué el primero en descubrir la ley providencial de los antiguos imperios, consignada en mil pasajes de la Biblia; pero manifestó admirablemente la misión especial conferida a cada uno de ellos para conservar el sagrado depósito... Al trazar rápidamente el carácter, el organismo, las transformaciones interiores, las mutuas relaciones y querellas entre los estados durante los últimos once siglos, me daré por satisfecho si, siguiendo el pensamiento capital del autor, logro demostrar, tan luminosamente como él lo patentizó tocante a las sociedades antiguas, dos principios que resaltan aún más en las modernas, por su cualidad de cristianos, a saber, que sus cambios al parecer más súbitos, en bien o en mal, vienen preparados de lejos y les son, por tanto, moralmente imputables,

(53) Vol. II, pág. 103.

(54) Vol. III, pág. 144.

(55) Vol. II, pág. 186.

y que no el ciego acaso sino la justa y sabia Providencia los dirige y hace concurrir a un admirable concierto universal» (56).

Otras aplicaciones del providencialismo ante ciertos sucesos las expone Quadrado al tratar de naciones como Polonia y Hungría (57), o al explicar la significación de personajes como el emperador Carlos V y Napoleón Bonaparte (58), llegando así al último apartado de su obra, donde —bajo el epígrafe «Marcha rectificada y zozobras desvanecidas por una dirección providencial»— sostiene lo siguiente: «Estamos en un período (año 1881) de transformación, de la cual no serán las instituciones políticas las que menos participen: escaso prestigio tienen y poco cumplen con su objeto para prometerse duradero reinado. Predecir cómo y en qué sentido cambiarán sería presunción de robar su secreto a la Providencia, a quien sobran méritos en lo pasado para entregarle con absoluta confianza lo futuro» (59).

Por su parte —y con ello concluyo este breve recuento de las principales versiones cristianas del providencialismo, del que emana, según acabamos de advertir en Quadrado, una inevitable y optimista confianza ante el porvenir—, el profesor García Villada, en su conocido tratado «Metodología y crítica histórica» (60), ha resumido con exactitud el sentido genuinamente cristiano del providencialismo histórico-social, con estos términos: «la doctrina católica designada comúnmente con el nombre de providencialista... enseña que hay una causa eficiente suprema, que gobierna el mundo por medio de su Providencia...; y es tan cierta esta verdad que el Concilio Vaticano la declaró dogma de fe, en su sesión 3.ª, capítulo 1.º» (61).

Para terminar, por cuanto creo que ha sido ya suficientemente probado nuestro propósito, a saber, mostrar que el providencialismo —fundamento el más sólido del sano optimis-

(56) Vol. II, págs. 198-199.

(57) Vol. II, pág. 272.

(58) Vol. II, págs. 311 y 377.

(59) Vol. II, pág. 429.

(60) Barcelona (2.ª ed.), 1921.

(61) *Metodología y crítica histórica* (ed. cit.), pág. 347.

mo— es una constante a lo largo del devenir histórico del pensar cristiano, me permitiré únicamente llamar la atención del lector sobre el medio adecuado para alimentar y robustecer esta visión optimista y providencialista de lo vital y lo social, medio que no es otro sino la oración, en particular cuando se endereza a la adoración de Dios, cuya esencia ha sido descrita con su habitual exactitud por nuestro gran humanista Luis Vives: «La adoración —asegura Luis Vives— no consiste en el murmullo y movimiento de los labios, sino en el alma y el pensamiento que de estas cosas viles levanta su vuelo a las celestiales y divinas. Esto se nos exhorta a hacer en la misa, cuando se dice: *arriba los corazones* y nosotros respondemos *tenémoslos en el Señor*» (62).

FERMIN DE URMENETA

*Doctor en Derecho y en Filosofía. Profesor  
de la Universidad de Barcelona.*

---

(62) Cf. *Obras Completas*. Traducción del latín por Lorenzo Riber (ed. Aguilar. Madrid, 1947); vol. I, pág. 1.030.

